

LA LOCURA, EL ROSTRO OCULTO DE LA RAZÓN.

Conciencia de la Locura o Locura de la Conciencia

Por Lic. Juan Pablo Sabino

Invierno del 2007

*“Si no hubiese vivido en un orden disperso,
y reconocido solamente por sus perfiles,
toda verdad entraría en el sueño”¹*

En esta oportunidad la reflexión gira entorno a una temática que viene aproximándose a mi desde la lejanía: el lugar que le dejamos ocupar a la locura dentro del ámbito de la razón. Inspirado en los aportes del pensador francés Michel Foucault, le propongo al lector sentarse a meditar sobre la posibilidad de pensar el rostro humano no desde lo racional y conciente, sino desde el doliente y vergonzoso rostro de la locura. También un rostro humano, quizá demasiado humano.

Al iniciar la segunda sección de su tesis doctoral: *La historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault introduce cuatro formas de conciencia sobre la locura, que vuelven al debate bajo formas diversas pero siempre son las mismas. La primer forma que menciona es *la conciencia crítica de la locura*. Bajo esta mirada la locura es reconocida y designada sobre el fondo de lo razonable, de lo reflexionado, de lo moralmente sabio. Esta forma de conciencia se entrega por completo en su juicio, desde antes de la elaboración de sus conceptos; es una conciencia que no define que denuncia². Puede denunciar porque esta conciencia de la locura se percibe segura de sí misma, es decir, de no estar loca. Pero se ha arrojado, sin medida ni concepto, en el interior mismo de la diferencia, en lo más vivo de la oposición, en el corazón de ese conflicto en que la locura y no locura intercambian su lenguaje más primitivo; y la oposición se vuelve irreversible: en esta ausencia de punto fijo, bien puede ser que la locura sea razón, y que la conciencia de locura sea presencia secreta, estratagema de la locura misma. Pues quien no deja margen de posibilidad a la posibilidad de la locura ingresa en el mismo terreno donde la locura es la no-locura. Al borrar el margen no desaparece la posibilidad de la locura, desaparece la posibilidad de la conciencia. La “conciencia crítica que finge llevar el rigor hasta hacerse crítica radical de sí misma, y hasta arriesgarse en lo absoluto de un combate dudoso”³.

La segunda forma la denomina: *conciencia práctica de la locura*. En ella hay una separación entre conciencia y locura que no es ni virtualidad ni virtuosismo de la dialéctica. Se impone como una realidad concreta porque es dada en la existencia y las normas de un grupo; pero más aún, se impone como elección, como elección inevitable, puesto que hay que estar de este lado o del otro, en el grupo o fuera del grupo. No es una conciencia perturbada por haberse comprometido *en* la diferencia y la homogeneidad de la locura y de la razón; es una conciencia *de* la diferencia entre locura y razón, conciencia que es posible *en* la homogeneidad del grupo considerado como portador de las normas de la razón⁴. En este sentido hay que interpretar al asilo moderno como una herencia de los leprosarios, si al menos se piensa en la conciencia oscura que le, justifica y que funda su necesidad. “La conciencia práctica de la locura, que parece no definirse más que por la transparencia de su finalidad, es sin duda la más espesa, la más cargada de antiguos dramas en su ceremonia esquemática”⁵.

¹ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, tomo I, trad. Juan José Utrilla, FCE, Buenos Aires, 2003, p 257.

² Cfr.: *Ibidem*, p. 258.

³ *Ibidem*, p. 259.

⁴ Cfr.: *Ibidem*, p. 260.

⁵ *Ibidem*, 261.

Bajo la tercer forma, el pensador francés presenta *una conciencia enunciativa de la locura* que da la posibilidad de decir en lo inmediato, y sin ninguna desviación por el saber: “Aquél es un loco”⁶. El problema aquí es determinar la validez de los parámetros y de la determinación misma desde la cual se enuncia que alguien es un loco o que está loco. Se presenta un problema que trasciende las barreras de la ciencia médica y filosófica, de la religión, el problema se instala en el ámbito de lo moral, de lo ético. La pretensión que la conciencia tiene al enunciar qué es locura y qué no; qué es lo sano y qué no, es encerrar al loco bajo los parámetros de lo insano para dominarlo y someterlo a su voluntad conciente. Ingresa la conciencia en el terreno del ser para exiliar todo lo que perturba y molesta en el plano antropológico de su enunciación. La conciencia no está entonces al nivel de los valores: de los peligros y de los riesgos; está al nivel del ser, no siendo otra cosa que un conocimiento monosilábico reducido a lo constante. La conciencia no estará allí, presente y designada en una evidencia irrefutable, más que en la medida en que la conciencia ante la que está presente la ha recusado ya, definiéndose por la relación y por la oposición a ella. No es conciencia de locura más que ante el fondo de conciencia de no ser locura. Por libre de prejuicios que pueda estar, por alejada de todas las formas de coacción y de represión, siempre es cierta manera de haber dominado ya la locura. Y al dominarla elige qué hacer con todos sus rostros.

Por último, presenta *una conciencia analítica de la locura*, una conciencia desplegada de sus formas, de sus fenómenos, de sus modos de aparición. Sin duda, el todo de esas formas y de esos fenómenos no está jamás presente en esta conciencia; durante largo tiempo y para siempre quizá la locura ocultará lo esencial de sus poderes y de sus verdades en el mal conocido⁷. La locura no es allí más que totalidad al menos virtual de sus fenómenos; no entraña más peligro, no implica más separación; no presupone otro retroceso que cualquier objeto de conocimiento. Esta forma de conciencia es la que funda la posibilidad de un saber objetivo de la locura.

Foucault entiende que cada una de esas formas de conciencia es a la vez suficiente en sí misma y solidaria de todas las demás. Pues se complementan unas a otras, o mejor dicho, contribuyen entre sí en pos de un mismo objetivo: la supremacía de la conciencia sobre la locura. Y concluye al respecto:

“Pero ninguna puede reabsorberse jamás totalmente en otra. Por estrecha que sea, su relación jamás puede reducirlas a una unidad que las aboliría a todas en una forma tiránica, definitiva y monótona de conciencia. Y es que, por su naturaleza, por su significación y su fundamento, cada una conserva su autonomía: la primera cierne en el instante toda una región del idioma en que se encuentran y se confrontan a la vez el sentido y el no-sentido, la verdad y el error, la sabiduría y la embriaguez, la luz del día y el sueño cintilante, los límites del juicio y las presunciones infinitas del deseo. La segunda, heredera de los grandes horrores ancestrales, retoma, sin saberlo, quererlo ni decirlo, los viejos ritos mudos que purifican y vigorizan las conciencias oscuras de la comunidad; envuelve con ellas toda una historia que no se nombra, y pese a las justificaciones que pueda proponer de sí misma, permanece más cerca del rigor inmóvil de las ceremonias que de la labor incesante del idioma. La tercera no es del orden del conocimiento, sino del reconocimiento; es espejo (como en el *Sobrino de Rameau*), o recuerdo (como en Nerval o en Artaud), siempre, en el fondo, reflexión sobre sí en el momento mismo en que cree designar o el extraño o lo que hay de más extraño en sí; lo que pone a distancia, en su enunciación inmediata, en este descubrimiento totalmente perceptivo, es su secreto más próximo; y bajo esta existencia sencilla y no de la locura, que está allí como una cosa abierta y desarmada, reconoce sin saberlo la familiaridad de su dolor. En la conciencia analítica de la locura efectúa el aplacamiento del drama y se cierra el silencio del diálogo; ya no hay ni rito ni lirismo; los fantasmas toman su verdad, los peligros de la contra-naturaleza se convierten en signos y manifestaciones de una naturaleza; lo que evocaba el horror no llama más que a la técnica de supresión. La conciencia de la locura no puede encontrar aquí su equilibrio más que en la forma del conocimiento”⁸.

Para Foucault la separación sin apelación entre locura y conciencia que se realiza en la época clásica, la vuelve una época de entendimiento para la existencia de la locura. No hay posibilidad para ningún diálogo, para confrontación alguna entre una práctica que domina la contra-natura y la reduce al silencio, y un conocimiento que trata de descifrar verdades de naturaleza; el gesto que

⁶ Cfr.: *Ibidem*, pp. 261-262.

⁷ Cfr.: *Ibidem*, p. 263.

⁸ *Ibidem*, pp. 264-265.

conjura lo que el hombre no sabría reconocer ha permanecido ajeno al discurso en el cual una verdad surge en el conocimiento. Las formas de conocimiento se han desarrollado por sí mismas, una en una práctica sin comentario, la otra en un discurso sin contradicción. Totalmente excluida por una parte, totalmente objetivada, por la otra, la locura nunca se ha manifestado por sí misma en un lenguaje que le fuera propio. No es la contradicción la que está viva en ella, sino que es ella la que vive separada entre los términos de la contradicción. En tanto que el mundo occidental estuvo consagrado a la época de la razón, la locura ha permanecido sumisa a la división del entendimiento⁹. Sin duda, es ésta la razón de ese profundo silencio que da a la locura de la época clásica la apariencia del sueño. Los modernos han pretendido *entender* la locura, es decir, conceptualizarla, dominarla. Quizá no haya emprendimiento que muestra más patentemente que la locura de la conciencia es pretender entender la locura. Si tomamos como cierto lo dicho, entonces, la locura termina dominando a la conciencia.

De lo que se trataba antes era, pues, de la constitución dramática de un ser a partir de la supresión violenta de su existencia; ahora, de la constitución, en la serenidad del saber, de una naturaleza a partir de una revelación de un no-ser.

Pero al mismo tiempo que esta constitución de una naturaleza, trataremos de aislar la experiencia única que sirve de fundamento tanto a las formas dramáticas de la separación como al calmado movimiento de esta constitución. Esta experiencia única, que reposa aquí y allá, que sostiene, explica y justifica la práctica del internamiento y el ciclo del conocimiento, es, ella, la que constituye la experiencia clásica de la locura; es ella la que se puede designar con el término mismo de sinrazón. Bajo la gran escisión de que acabamos de hablar, extiende su secreta coherencia: pues es, al mismo tiempo, la razón de la cesura, y la razón de la unidad que se descubre de uno y otro lado de la cesura. Es ella la que explica que se encuentren las mismas formas de experiencia de una y otra parte, pero que no se les encuentre jamás en una y otra parte. La sinrazón en la época clásica es, al mismo tiempo, la unidad y la división de ella misma¹⁰.

Foucault nos lleva hasta el propio abismo de la locura (quizá de la razón), en su rostro-otro, su lado oculto, para intentar encontrar otra perspectiva del asunto. Dice Erasmo en el prólogo de *Pigmalión*:

*Ahora mis dominios desconocen fronteras;
están locos los hombres, y más que sus mayores;
en las futuras eras
heredarán sus hijos insensateces peores,
y sus nietos tendrán más menguadas quimeras que sus antecesores.*

La locura se utiliza hasta el punto de haber perdido toda forma visible y asignable. Ella imita a la razón y desdibuja los límites de ambas. La sabiduría de la naturaleza es tan profunda que llega a utilizar a la locura como otro camino de la razón; hace de ella el camino corto de la sabiduría. La naturaleza de la locura es al mismo tiempo su útil sabiduría¹¹. Quizá para comprender mejor la razón, la conciencia, deba el hombre interrogar a la locura y no ocultarla. Quizá deba el hombre comprender-se desde la locura y mirar-se desde ella no como desde una frontera no-humana, sino desde lo ajeno y extraño a la razón, entendiendo que desde esa distancia de la conciencia se constituye la conciencia como propia en su ser sí misma. La locura es un rostro-otro de lo humano que está en nosotros, tal vez bajo la forma del sueño, tal vez ya despierta.

⁹ Cfr.: *Ibidem*, p. 270.

¹⁰ Cfr.: *Ibidem*, p. 273.

¹¹ Cfr.: *Ibidem*, p. 278.